

Por Michelle Charpantier
(charpantiermichel@gmail.com)



El cambio en la educación dio un giro total, no solo para estudiantes, madres, padres, sino para los maestros, ya que, a pesar de una preparación constante, la educación virtual tiene otra visión de la que estábamos acostumbrados.

Al inicio fue demandante: planificar, dar clase, los niños intentando seguir las actividades, en fin, la adaptación fue compleja. Se implementaron normas para las clases y las tareas, y los padres tenían expectativas altas; pero faltaba algo más.

Pensé: ¿Cómo quisiera recibir una clase interactiva, que no fuera monótona, que me divierta y con la que aprenda? Pues busqué talleres, ideas, imaginación, creatividad y empecé a trabajarla:

- No solo leyendo un cuento, sino siendo parte del mismo, utilizando diferentes recursos hechos en casa, distintas voces, escenarios, y con la compañía de títeres que yo sabía podría gustarles.

- Con la compañía de mi prima Rafaela, de cinco años, quien llamó mucho la atención de los niños, y mediante actividades a través del juego.

- Con la música pude obtener más atención y participación de los niños.

El manejo de sus emociones fue primordial. Gracias a ellas pude expresarme mejor, y ellos lograron expresarse sin miedos y con seguridad, lo que permitía que el

desarrollo de la clase fuera llevadero.

Los padres y madres también notaron que sus pequeños se involucraron más. Lograr mantener una buena y clara comunicación con la familia también ha sido esencial, ya que emocionalmente la situación se tornó tensionante para todos. Poder acompañarlos en este proceso permitió crear una gran conexión y trabajo en equipo y, sobre todo, tener un gran vínculo con los niños.

Poder desarrollarnos en diferentes situaciones depende de nosotros. No cabe duda de que si amamos lo que hacemos, estamos dispuestos a realizar cosas que jamás hubiéramos pensado. Y lo logramos.